

el mariscal Oudinot como el que mas sobre el campo de batalla, jamás habia ejercido un mando de tanta importancia, tenia la noble modestia de desconfiar de sí propio, y apenas se atrevia á hacer sentir su autoridad á sus lugartenientes, los generales Reynier y Bertrand. Sabio y sólido el general Reynier, segun ya hemos tenido ocasion de decirlo, si bien desgraciado, estaba lleno de pretensiones, se creia superior á la mayoría de los mariscales, se lamentaba de no ser mas que teniente general con amargura, y á semejanza de Vandamme se mostraba impaciente y quizá de sobra por ganar una dignidad que se le habia hecho esperar tanto. Honrado el general Bertrand con el favor de Napoleón un dia y otro, justificandolo con una esmerada aplicacion á sus deberes, con la valentia mas segura de todas, la de la adhesion, pero mas idóneo para los trabajos de ingeniero que para la direccion de las tropas, dotado de talento, bien que no teniéndolo siempre exacto, era un subordinado deferente en apariencia, mas obsequioso que sumiso. Embaradísimo el mariscal Macdonald por la necesidad de dominar estas pretensiones diversas, no osaba hacerlo mas que con infinitas contemplaciones, poco compatibles con el vigor y la prontitud del mando. Hallándose mas próximo que Napoleón á los lugares, y recogiendo todos los rumores del país, no se engañaba acerca de la fuerza del enemigo y de la dificultad del terreno. Sabia que Bernadotte, con cierta porcion de gentes de todas clases y allegadas de prisa, tenia no obstante, un excelente cuerpo sueco, un solidísimo cuerpo ruso, y sobre todo, un cuerpo prusiano, el del general Bulow, muy numeroso, muy animado, y muy

dispuesto á batirse. Además de este cuerpo de Bulow tenia otro cuerpo prusiano á las órdenes del general Tauenzien, destinado primeramente al bloqueo de las plazas, y del cual se habia sacado lo mas selecto para emplearlo en la guerra ofensiva. Estas tropas juntas formaban un total de cerca de noventa mil hombres, y delante de Berlin se hallaban acampadas. Bajo el mando del general Walmoden habia destacado el príncipe de Suecia unos veinte mil hombres, comprendiendo lo que merecia el nombre de *retazos*, para hacer frente, detrás de los numerosos canales de Mecklemburgo, al cuerpo de ejército que habia salido de Hamburgo á las órdenes del mariscal Davout. El resto de los ciento cincuenta mil hombres mandados por el príncipe de Suecia fué dedicado al bloqueo ó al sitio de las plazas del Oder y del Vístula.

Perfectamente se hallaba enterado el mariscal Oudinot de semejante estado de cosas, y con razon le traia caviloso. Por la naturaleza del terreno subia de punto la dificultad de su encargo. Avanzando hacia Berlin, entre el Elba y el Sprea, habia que caminar por entre una doble línea de aguas alternativamente estancadas ó corrientes, las cuales podian designarse una por el riachuelo Dahna, que desagua mas arriba de Berlin en el Sprea, y otra por el Nutha que se lanza en el Havel junto a Postdam. En el seno del angulo formado por esta doble línea de aguas, se hallaba el ejército del Norte establecido en una posicion excelente, la de Rublsdorf, cubierto por una artilleria poderosa, y guardado á lo lejos por una innumerable caballeria. No era posible aventurarse por entre este laberinto de bosques, de arenas, de estanques, de riachuelos,



sin correr siempre un doble peligro, el de ser desbordado ó rebasado, si se marchaba por un camino solo, ó el de ser separado, si se querian abarcar muchos, en dos ó tres cuerpos, á quienes la falta de comunicaciones transversales haria incapaces de que se prestasen mútuos socorros.

Desconfiando el mariscal Oudinot al partir para esta empresa á un mismo tiempo del enemigo, de los lugares, de sus lugartenientes y de sí propio, de buen grado cediera á otros el peligroso honor que se le habia destinado. Sin duda le habia escrito Napoleon que dentro de pocos dias tendria en Berlin mas de cien mil franceses, porque segun sus cálculos, hechos por desgracia desde lejos, se incluian los treinta mil hombres del mariscal Davout, y los diez mil que á las órdenes del general Girard debian salir de Magdeburgo. Pero antes de que esta reunion pudiera llevarse á cabo, se necesitaba que la primera dificultad estuviese superada, la de penetrar sobre Berlin, y se debia superar con un ejército muy inferior al del enemigo, y por entre un pais casi impenetrable. De conseguirlo el mariscal Oudinot no habia tomado estas promesas muy en sério, y siempre se veia en medio de un pais de los que ofrecian mas dificultades, y obligado con sesenta y cuatro mil hombres á marchar contra Berlin al cual protegian noventa mil soldados. Con sus tres cuerpos se hallaba el 18 de agosto en Baruth, á tres jornadas de la capital de Prusia. Pero teniendo que atraer á la division de gruesa caballería del general DeFrance, que debia formar parte de la reserva del duque de Pádua y acababa de juntarse al ejército por Wittemberg, operó un movimiento transversal de derecha á izquier-

da, y trasladóse de Baruth á Luckenwalde. Despues de allegar su caballería gruesa, volvió á tomar su camino al Norte, avanzando entre Zossen y Trebbin, por el centro de aquella doble línea de aguas, que van á convergir á Berlin, segun se ha dicho.

Enfrente de Trebbin estaba el 21, á algunas leguas del ejército contrario, que empezaba á concentrarse á medida que se angostaba el terreno y nos íbamos aproximando. Entre las dos líneas de agua se alzaba una série de colinas llenas de matorrales, y en sus laderas se desarrollaban dos caminos por los cuales se podia ir hácia la capital de Prusia. Siguiendo uno de estos dos caminos, el de la izquierda, que pasaba por Trebbin, habia que cruzar un riachuelo, y que trepar despues á una altura cubierta de bosques para llegar á Gross-Beeren. Enteramente separado el de la derecha del otro, despues de trepar tambien colinas, iba á desembocar por Blankenfelde a alguna distancia de Gross-Beeren sobre la derecha. El mariscal Oudinot resolvió seguir á la vez estos dos caminos, por precaucion ante todo, pues no queria ser desbordado si descuidaba alguno de ellos, y luego por condescendencia, pues á sus lugartenientes les gustaba mucho marchar separados, y se lisonjeaba de que, vencidos los obstáculos, se juntarian en masa para acometer al enemigo.

A Trebbin atacó el dia 21 con el 12.º cuerpo, dirigió el 4.º del general Bertrand sobre Schultzen-dorf, y encaminó el 7.º del general Reynier entre uno y otro hacia una aldea llamada Nunsdorf. Bastante bien atrincherada la pequeña ciudad de Trebbin se hallaba ocupada por un destacamento



de las tropas de Bulow, y el cuerpo de Tauenzien guardaba el camino de la derecha, el de Blankenfelde. Empezó el mariscal Oudinot por abrumar á Trebbin con sus proyectiles, y despues envió allí una brigada de la division de Pachtod, mientras el 7.º cuerpo amenazaba tomar la vuelta á la posicion por Witstock. Estos movimientos combinados produjeron su efecto. En un arrabal de Trebbin penetró la brigada de la division de Pachtod á bayoneta calada, y viéndose desbordados los prusianos por el 7.º cuerpo, nos abandonaron esta pequeña ciudad, volvieron á pasar el riachuelo, de cuya defensa estaban encargados, y se replegaron sobre las colinas de la espalda. Hacia el camino de la derecha el general Bertrand ocupó á Schultzendorf con el 4.º cuerpo.

Forzoso fué el 22 cruzar el riachuelo disputado el dia antes, trepar despues las colinas sobre las cuales se elevaban los caminos de Berlin, trepar además en el de la derecha las alturas á cuyo largo pasaba el camino de Blankenfelde. Por dos puntos se aproximó el mariscal Oudinot al riachuelo, por el de Wilmersdorf y el de Witstock. Habiendo restablecido el paso la division de Guilleminot del 12.º cuerpo y la division de Durutte del 7.º por medio de caballetes, asaltaron con osadía los reductos del enemigo, y los ocuparon sin perder mucha gente. Los evacuaron las tropas de Bulow definitivamente, retirándose á la posicion central escogida por el principe de Suecia. Al lado opuesto y despues de un vivo cañoneo, apoderóse el general Bertrand de la posicion de Juhnsdorf, que conducia á Blankenfelde. Se habia dado, pues, un nuevo paso en aquella maleza, donde estábamos obli-

gados ó á marchar divididos por dos caminos laterales, casi sin comunicaciones entre uno y otro, ó á marchar sin precaucion contra un movimiento de flanco, si se tomaba un solo camino. A la verdad se podia obviar este inconveniente, avanzando con la masa de las fuerzas por un camino solo, y no dirigiendo por el otro mas que algunos destacamentos de tropas ligeras, si bien se necesitara dislocar los diferentes cuerpos, y ejercer para hacerlo así sobre sus caudillos una autoridad que no osaba arrogarse el mariscal Oudinot, comandante directo del cuerpo 12.º, y mas bien consejero que gefe del 4.º y del 7.º.

Todo anunciaba que positivamente se estaba cerca del enemigo y que se le iba á encontrar cara á cara dentro de poco. Una vez traspuesto el riachuelo, á cuyas orillas se habia peleado el dia antes, ya habia que seguir la ladera de colinas llenas de matorrales, y que desembocar en una aldea llamada Gross-Beeren, frente por frente de la posicion central de Ruhlsdorf ocupada por el ejército del Norte. Hacia el camino de la derecha habia que operar un movimiento semejante sobre la ladera de las colinas de Juhnsdorf y de Blankenfelde, y si se lograba allí vencer la resistencia del enemigo, sin duda se rebasaba la posicion de Gross-Beeren por este lado.

Esperando el mariscal Oudinot no encontrar al enemigo hasta despues de pasar de Gross-Beeren y de tener tiempo de juntarse, por exceso de condescendencia dejó una tarea distinta á cada uno de sus lugartenientes. Decidió que sobre el camino de la derecha señoreara el general Bertrand á Blankenfelde, para dirigirse á Gross-Beeren de segui-



da; y que sobre el camino de la derecha el general Reynier, que habia forzado el riachuelo Trebbin el día antes y trepado las colinas de la otra parte, fuera por la ladera de ellas y siguiendo el linde de los bosques hasta Gross-Beeren, é hiciera alto para tomar esta posicion. Relativamente á su persona, en vez de ir detrás del general Reynier con el 12.º cuerpo, á fin de servirle de apoyo, imaginó pasar por Atensdorf á la otra vertiente de las colinas que debia recorrer éste, como si temiera importunar á sus lugartenientes con su presencia. Despues debia desembocar sobre Gross-Beeren, si bien á dos leguas de distancia hácia la izquierda, distancia casi igual á la que debia separar al general Bertrand de este punto hácia la derecha.

Cada cual se puso en movimiento á la mañana del 23 de agosto, segun la direccion que le estaba señalada. Presentándose el general Bertrand sobre el camino de la derecha delante de Blankenfelde, halló al general Tauenzien fuertemente establecido sobre aquella altura, y vióse obligado á empeñar un violento cañoneo en su contra. Por espacio de cerca de tres leguas siguió el general Reynier sobre el camino de la izquierda con el cuerpo 7.º la ladera de las colinas, cuyo respaldó recorría el mariscal Oudinot, y desembocó delante de Gross-Beeren tras de caminar sin gran trabajo. Inmediatamente atacó esta aldea, y desalojó de allí á la division del general de Borstell. Con una impaciencia de triunfo, malísima consejera, avanzó mucho mas allá de esta aldea, en vez de establecerse en su recinto, y divisó en posicion sobre Ruhlsdorf á todo el ejército del principe de Suecia. Delante de él y á la derecha tenia la division de Borstell, replegada sobre

el grueso del cuerpo prusiano de Bulow, en el centro si bien declinando algo hácia la izquierda, al ejército sueco, y finalmente, á la izquierda del todo á los rusos, esto es, sin contar el cuerpo de Tauenzien, un conjunto de cerca de cincuenta mil hombres, cubiertos por una artillería numerosa. Para hacer cara a esta línea formidable, solo tenia diez y ocho mil hombres, seis mil de ellos franceses, excelentes soldados, y doce mil sajones, no iguales ni con mucho á los que habian hecho bajo sus órdenes la campaña de Rusia. A la verdad no sentia ganas de medirse con semejante masa de enemigos; pero habiendo avanzado tanto para darles caza, por fuerza los habia de tener encima muy pronto.

Con efecto, los prusianos del general Bulow ardian en impaciencia por venir á las manos y por cubrir con sus cuerpos el camino, por donde queriamos llegar á la capital de Prusia. Bernadotte vacilaba. Por primera vez iba á chocar en contra de los franceses, y los temia aun mas que á su conciencia. Temblaba á la idea de que en un día solo desapareciera el prestigio de que habia aspirado á rodearse en medio de extrangeros, blasonando de ser autor principal de los triunfos de Napoleon. Tambien temia comprometer al ejército sueco, sabiendo que no podia reemplazarlo si era destruido. De consiguiente para él se trataba de jugar su fortuna, su corona en un instante, y le dominaba una perplejidad que hasta hacia que se dudara de su valor de soldado. Desconfiando el general Bulow á semejanza de todos los prusianos, todavia mas de la lealtad de Bernadotte que de su denuedo, no aguardó su voz de mando, y marchó sobre el general Reynier á la cabeza de los treinta mil hombres



que le reconocian por gefe. Hizo que le precedieran muchas bocas de fuego, y para romper las filas de su adversario mas á golpe seguro, dirigió á la division de Borstell sobre su flanco. No pudiendo ya cejar Bernadotte, al par que no queriendo comprometer sus fuerzas todas, contentóse con destacar su caballería y una artillería numerosa contra la izquierda de los franceses, al mismo tiempo que la division de Borstell amenazaba su derecha. El general Reynier, que una vez en el peligro, se portaba con el valor de un oficial veterano del ejército del Rhin, se mantuvo firme, con la esperanza de que se le socorriera en breve. Para mejorar de posicion ejecutó un movimiento retrógrado, y apoyando su derecha en las casas de Gross-Beeren, y su izquierda en una altura, desde donde su artillería caía á plomo sobre el enemigo, mostró muy buen continente. A pesar de una espesa metralla se adelantaron resueltamente los prusianos, animados por el doble deseo de salvar á Berlin y de hacer una presa que creian segura. La division de Durutte opuso heroica resistencia; pero los sajones, conscritos la mayor parte de aquel año, juntando á la debilidad de su edad un espíritu detestable, trabajados por oficiales que traian á su memoria que Bernadotte los habia mandado y tratado como á hijos en 1809, no resistieron largo tiempo, y dejaron á la division de Durutte sin apoyo. Esta no tuvo mas arbitrio que retirarse, si bien lo hizo en buen orden y quitando al enemigo la gana de perseguirla. Por su parte la division de Guillemillot del 12.º cuerpo, avanzando por el respaldo de la posicion con el mariscal Oudinot al frente, se hallaba en Atensdorf á la hora del mas violento ca-

ñonco. Se apresuró á correr al fuego, y metióse hácia su derecha por entre los bosques, para socorrer á Reynier por el camino mas corto. Llegando demasiado tarde para hacer cambiar el aspecto de la pelea, sirvió á pesar de todo para contener al enemigo, y se replegó de seguida, asaltada muchas veces por la caballería rusa, aunque sin ser rota. Cada cual se retiró al punto de partida de la mañana, el 12.º cuerpo á Thyrou, el 7.º á Wittstock. En buen estado se encontraba el 12.º, no así el 7.º desorganizado por la completa derrota de los sajones. Mas de dos mil de estos aliados fueron cogidos con quince bocas de fuego: algunos miles se habian desbandado, unos para juntarse á los suecos, otros para escaparse por retaguardia. Entretanto el general Bertrand, que mandaba el 4.º cuerpo, habia hecho esfuerzos portentosos para vencer la resistencia de Tauenzién en Blankefelde, y todo sin fruto. No lo hubiera alcanzado sino llevando aquellos esfuerzos hasta el último extremo, pero lo creyó ocioso, discurriendo que el triunfo del cuerpo principal en Gross-Beeren obligaria á Tauenzién á levantar el campo. De esta suerte cada cual habia combatido sin armonia ni concierto, contando inoportunamente con su vecino, unos como Bertrand y Oudinot sin compensacion alguna, otros por el contrario como Reynier con una compensacion notable.

No obstante este descalabro, si se hubieran tenido algunas tropas esclusivamente francesas y de espíritu seguro, no se siguieran grandes consecuencias, pues al cabo de todo en línea solo se habian perdido dos mil hombres. Pero con una mitad del total efectivo en tropas italianas y alema-



nas, siempre dispuestas á abandonarnos, y otra mitad de reclutas franceses, al principio confiados de sobra, y ahora llenos de sorpresa de resultados del desastre, era difícil continuar avanzando sobre Berlín en presencia de noventa mil hombres. Ya mas de diez mil aliados, sajones unos, bávaros otros, habian desertado de nuestras filas, y corrían hácia el Elba lanzando el grito de *sálvese el que pueda*. Ante tal estado de cosas juzgó el mariscal Oudinot que convenia emprender la retirada, y aproximarse al Elba. Al dia siguiente 24 de agosto dió principio al movimiento retrógrado, ejecutólo en buen orden, aunque siempre acosado vivamente por los prusianos, ébrios de alegría y de orgullo, acusando á Bernadotte de traicion ó de cobardía por no mostrarse tan ardiente como ellos, y corriendo sin consultarle en persecucion de sus enemigos, mas vencidos á sus ojos que lo estaban realmente. Detenerlos pudiera el mariscal Oudinot y reprimir quiza su ardimiento: sin embargo, no estando ya en camino de la capital de Prusia, y debiendo renunciar á la esperanza de entrar en ella, le pareció poco prudente aventurar una accion dudosa con soldados alterados, y menos cuando el resultado solo podia consistir en mantenerse entre Berlín y Wittenberg, sobre un pais que no le ofrecia apoyo ni recursos. Por tanto abrazó el partido mas seguro, el de venir á situarse bajo el cañon de Wittenberg, donde tenia la certeza de no correr ningun peligro, donde cubria el Elba, donde hallaba con que subsistir en abundancia, y podia finalmente restablecer la moral de sus soldados. Todos llegaron alli del 29 al 30 de agosto, siempre disputando fuertemente el terreno á medi-

da que se retrogradaba. Durante este tiempo la division activa de Magdeburgo salió de esta plaza, fué acometida por el general Hirschfeld y por los corredores rusos de Czernicheff y agobiada por el número muy luego, y volvió á las órdenes del general Girard al punto de partida, despues de perder unos mil soldados y algunos cañones. En las cercanías de Hamburgo el mariscal Davout, salido de la plaza con treinta mil hombres, diez mil de ellos daneses, avanzó en direccion de Schwerin, forzando al cuerpo anglo-aleman que tenia delante á replegarse, y dispuesto á arrollarlo tan luego como tuviera noticia de un triunfo del mariscal Oudinot en los alrededores de la capital de Prusia. Pero en la duda se veia obligado á proceder con circunspeccion suma, y á evitar un contratiempo, y sobre todo un desastre.

No habiendo podido penetrar hasta Berlín el cuerpo principal á las órdenes del mariscal Oudinot, ya era un delirio la reunion en esta capital de cien mil hombres, segun Napoleon lo habia esperado. Sin duda se habian cometido faltas: el mariscal Oudinot no tuvo sus cuerpos bastante unidos: no gustaban marchar juntos sus lugartenientes, y cayó en la flaqueza de prestarse en demasia á este gusto. De cierto resaltaban estas faltas en la ejecucion del movimiento sobre la capital de Prusia; pero apenas hay que decir que la culpa esencial era de Napoleon, que despreció en demasia lo que llamaba el *remiendo* de Bernadotte, y le opuso un verdadero *remiendo* á su turno, donde, por una mitad de franceses prontos á la pelea, habia otra mitad de alemanes y de italianos prontos á desbandarse, y que finalmente contó de sobra con la reunion en



Berlin de cuerpo procedentes de puntos tan distantes como Wittenberg, Magdeburgo y Hamburgo. Evidentemente valiera mas no aventurar á Oudinot sobre la capital de Prusia, lo cual permitiera no mantener al mariscal Macdonald sobre el Bober, y aquí como siempre la exageracion de los designios políticos de Napoleon, hizo caducar los planes del caudillo; reflexion que á fuerza de repetida se hace fastidiosa, y que repetimos ó pesar nuestro porque este triste asunto la engendra de continuo, y porque solo ella explica los errores de tan gran capitán.

Estos graves desengaños, y no una enfermedad inventada por aduladores, sorprendieron á Napoleon al dia siguiente de sus victorias del 26 y del 27 de agosto, y llegando uno tras á otro á su noticia, le llevaron de Pirna á Dresde, y le retuvieron allí el 29 y el 30 de agosto, mientras Vandamme quedaba sin apoyo en Kulma. Estos desengaños tenian suma trascendencia, pues era una muy diferente la situacion de la que habia esperado Napoleon al tratar de extender desde el Elba al Vistula su brazo; como que en vez de Macdonald victorioso y persiguiendo á Blucher en Silesia, se tenia encima á Blucher victorioso y á Macdonald derrotado; en vez de cien mil hombres dentro de Berlin, se tenia á Oudinot replegado en Wittenberg y privado de mas de diez mil hombres, á Girard repellido á Magdeburgo con pérdida de mil soldados, á Davout, en fin condenado á fluctuar al frente de treinta mil hombres en medio de los pantanos del Mecklemburgo. Ignorando todavia el 30 de agosto el desastre de Vandamme, que no supo hasta la mañana siguiente, concibió despues de profundas meditaciones un nuevo plan de los mas extensos,

de los mas fuertemente combinados, porque hasta ahora distaban mucho los reveses de sus lugartenientes de haber desconcertado su genio ni quebrantado su confianza en la fortuna. Mas de una vez pensó en correr á Praga, en herir á Austria sobre una de sus capitales, y en romper hasta cierto punto la coalicion en la cabeza del ejército principal donde residian los tres soberanos aliados. A la verdad, si despues de la batalla de Dresde siguiera á todo trance al ejército de Bohemia, ya muy abrumado, probablemente disolviera la coalicion de golpe, y sin duda lo ejecutara, á no ser por las noticias recién llegadas de Silesia y de la capital de Prusia. A ello le convidaba sin tregua el mariscal Saint-Cir, el mas agudo de sus lugartenientes, cuyos raros talentos avaloraba en lo justo, aunque le desagradara su espíritu criticon, y desconfiara á veces de la exactitud de sus miras. Pero contra este plan le ocurrian graves objeciones. Ante todo habia que cruzar las montañas de Bohemia, dar mas allá batalla, con el peligro de que se acababa de escapar milagrosamente el grande ejército de los coaligados, el de no tener mas que espantosos desfiladeros para la retirada, en el caso de ser baido. Despues se necesitaba ir á tomar á Praga, cuyas defensas restauradas á toda prisa podian oponer una imprevista resistencia. Aun dando este obstáculo por vencido, se habria dilatado la línea, ya larga de sobra, todo lo que Praga dista de Dresde, distancia mas agravada por el terreno y por las montañas. De este modo se hallara Napoleon mas lejos de su ejército de Silesia, mas lejos de su ejército del bajo Elba, y en la imposibilidad de socorrerlos si experimentaban reveses. Estas obje-



ciones le apartaron siempre con fuerza del proyecto de trasladarse á Bohemia, y no pensó en ejecutarlo mas que un instante, cuando viéndose en Zittau, espero caer en medio de los cuerpos, que iban á formar el ejército del príncipe de Schwarzenberg, de improviso. Pero a la sazón era cosa inadmisibile, hallándose Macdonald vencido y Oudinot rechazado de Berlín á Wittenberg y habiendo que alejarse de ellos para acometer semejante empresa; así Napoleon solo pensó en acercárseles desde que supo sus reveses, y de pronto, con aquella fecundidad inagotable, que era uno de los atributos de su genio poderoso, ideó llevar de Dresde á Berlín el nuevo centro de sus operaciones.

Habia que batir á Blucher, pues el primer choque en su contra durante los dias 22 y 23 de agosto no tuvo consecuencias; habia que batir á Bernadotte, quien lejos de experimentar reveses obtuvo ventajas, debiendo ser tan útil como satisfactorio rebajar su orgullo, castigar su traicion y destruir su falso renombre. Graves motivos eran estos para dirigir nuestros golpes hacia este lado. Encaminándose Napoleon hacia Berlín con su Guardia y con la mitad de la reserva de caballería, es decir con cuarenta mil hombres, recogia al paso á Oudinot, abrumaba á Bernadotte, entraba en la capital de Prusia, llamaba allí á la division de Girard, al cuerpo de Davout, rehacia de este modo la concentracion de cien mil hombres con que habia contado tanto, la dirigia sobre Stettin y Custrin, donde nuestras guarniciones tenian necesidad de ser avitualladas de nuevo, alentaba á las del Vístula, y acto continuo podia volver en persona á Luckau, entre Berlín y Dresde, pronto a caer sobre el

flanco de Blucher, si éste habia osado trasladarse junto al Elba.

Siete ú ocho marchas separaban á Napoleon de la capital de Prusia: de diez y ocho á veinte dias necesitaba para ir y volver á lo sumo, y para cubrir á Dresde en su ausencia habia tomado las siguientes disposiciones. Allí queria dejar á Vandamme con el primer cuerpo, como que el 30 por la mañana, momento de estos proyectos, ignoraba el desastre de Kulma; además de Vandamme á Saint-Cir, Victor y Marmont con una porcion de la reserva de caballería. Se proponia colocar estas fuerzas, constituyendo un ejército de cien mil hombres, y calculaba que éste, apoyado sobre Dresde é inmediato á Macdonald, el cual debia ser traído segun este plan hasta Bautzen, se hallaria en aptitud de resistir á un nuevo ataque del ejército de Bohemia, ataque poco verosímil tras del desastre reciente experimentado por éste, al menos en el espacio de quince dias. Así Napoleon esperaba tener tiempo de hallarse de vuelta despues de descargar sobre Berlín un golpe decisivo, y á su aproximacion se debia desvanecer todo nuevo proyecto contra la capital de Sajonia. Ciertamente Blucher noticioso de la batalla de Dresde y de que tenia á Napoleon sobre el flanco, pues lo estaria en el camino de Berlín, no se atreveria á pasar de Bautzen. Y en todo caso, aproximándose Macdonald al Elba, y estando éste y Murat espalda con espalda, ninguno de los dos tenia que recelar un peligro sério.

Terminada la expedicion á la capital de Prusia, el proyecto de Napoleon consistia en establecerse en Luckau, entre Berlín y Dresde, atraer allí



el cuerpo de Marmont y toda la reserva de caballería, dejar en Dresde y en el campo de Pirna sesenta mil hombres y en Bautzen otros tantos, mientras con igual número estuviera pronto á correr ó á Berlin, ó á Bautzen, ó á Dresde, segun la necesidad lo exigiera, cosa que podia hacer en tres dias de una rápida marcha. Desde esta posicion estaba seguro de proveer á todo, porque, situado á tres jornadas de la capital de Prusia, se hallaria además sobre el flanco de Blucher y bastante cerca de Dresde para llegar á tiempo, si se presentaba el ejército de Bohemia. Hasta es probable que segun este plan consiguiere trasladar la guerra al Norte de Alemania, pues, encontrándose la reunion del Norte disuelta y Bernadotte castigado, los prusianos querrian volver á ganar su pais á fin de defenderlo, y atraerian alli á los rusos, y de este modo se hacian sufrir los horrores de la guerra á los alemanes mas hostiles, y descubriendo algo el alto Elba, se cubriria el bajo del todo, es decir á Hamburgo, donde existia la linea de comunicacion mas excelente, la de Hamburgo á Wesel. Verdad es que en este caso quedaba la eventualidad de ver trasladados al alto Rhin á los austriacos, probabilidad poco verosimil, porque no se atreverian á avanzar tan lejos, pudiendo caer Napoleon sobre sus espaldas. Además éste se hallaria autorizado á hacer valer para con ellos los cuidados que ponía en alejar la guerra de su territorio, y podria sacar de aqui una nueva ocasion de negociaciones, cosa no imposible, siendo los austriacos los menos comprometidos entre todos sus adversarios, los menos implacables, los únicos dispuestos á tratar razonablemente.

Tal era su plan, el 30 de agosto por la mañana, plan ya escrito y acompañado con órdenes redactadas del todo (1), cuando la noticia del suceso de Kulma vino á trastornar sus vastas concepciones. Cruelmente le afligió el desastre de Vandamme: con el del Katzbach y el de Gross-Beeren iban ya tres graves descalabros, que igualaban en importancia y aun sobrepujaban á los triunfos alcanzados en torno de Dresde, como que el prestigio de la victoria habia pasado á la parte de los coaligados, y á la de Napoleon no quedaba mas que el prestigio siempre brillante de su antigua gloria. Por primera vez pensó que acaso habia blasonado en demasia de sus fuerzas, rehusando las condiciones que se le habian ofrecido en Praga, y avaloró mejor el inconveniente de la juventud en sus soldados, del contagio de los sentimientos germánicos entre sus aliados, del desaliento entre sus lugartenientes. ¡Quizá llegó hasta el extremo de dolerse de haber desgraciado, ó desacreditado, ó prodigado en el fuego á generales en jefe de la altura de Massena, Davout y Lannes! Sin duda tenia aun caudillos valerosos, héroes como Ney, Oudinot, Macdonald, Victor y Murat, bien que estaban poco acostumbrados al mando en jefe: no los probaba mas que en un instante poco propicio á alentarlos, en un instante en que las pasiones de Europa, la fortuna, el viento del triunfo, todo en fin se habia vuelto contra nosotros.

Mas de un dia estuvo por decirlo asi aterrado

(1) En la secretaría de Estado existen este plan escrito y las órdenes expedidas de resultas, y escribimos con documentos tan irrefragables á la vista.